

II. B- BAUTISMO. HIJOS DE DIOS

(Padre Fundador – Ejercicios 1973, día 1º tarde)

Quisiera, amadísimos Hijos, decir con frase breve: **Hemos sido llamados a ser santos, por la adopción de hijos de Dios**, podría ser muy bien esta frase sintética. Pero, al pronunciarla, caemos en la cuenta de que esto ha sido el sacramento del Bautismo, donde iniciamos la vida de hijos de Dios.

El Bautismo es el sacramento que nos hace hijos de Dios. Pero, además, hace del alma un cielo, porque en él, concede el Señor al alma la gracia santificante. El alma del niño recién bautizado es santa.

Pero, además, el Bautismo le ha imprimido una señal, que durará para toda la eternidad. Esa señal le tiene que recordar que es un alma “consagrada”, dando a esta palabra, “consagrada”, el valor que tiene en sí: “*sanctum Domino*”, llevaban escrito en la frente los sacerdotes de la Antigua Ley. “*Sanctum Domino*” (Cf. Ex 39,30), es decir, consagrado, santo; “consagrado al Señor”. El Bautismo es un sacramento de “consagración”: el alma queda hecha para siempre, hija de Dios; pero, además consagrada al Señor para siempre.

San Pablo, al contemplar este misterio de nuestra filiación en Cristo, por el Espíritu, exclama: “*No recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor; antes recibisteis el Espíritu de filiación adoptiva, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre!*” (Cf. Rm 8,15). Esto es, en virtud de esta adopción podemos decir a Dios con todo y perfecto derecho: PADRE.

Ya está pues, trazado el plan de Dios en nuestra alma. Ya somos consagrados, santos para el Señor. Por adopción, ya somos hijos de Dios; llamados a ser, esto es, llamados a existir, llamados a vivir, llamados a ser. Somos una creatura que tiene que su ser, que tiene su existencia, que tiene su vida.

Pero –decíamos– el Bautismo nos ha marcado con carácter sacramental, sello imborrable, huella indeleble. Hemos sido llamados a ser cristianos. Hemos sido llamados a ser consagrados. Hemos sido llamados a ser santos. Hemos sido llamados a ser hijos de Dios. Ahí está todo cuanto esta mañana oíamos decir a san Pablo: “*...antes de la constitución del mundo... a impulsos del amor... predestinándonos a la adopción de hijos suyos por Jesucristo...*”. Y aquello otro de “*...a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo...*”, “*... para alabanza de su gloria*” (Cf. Ef 1, 3-14). Todo está ya verificado.

Ahora: Dios nuestro Señor, en el transcurso de la vida y de la existencia de esa alma, llamada a ser santa, consagrada e hija de Dios, tiene previstos unos planes, no caprichosos, sino ordenados según una providencia divina y amorosa de un Creador del universo, que va colocando a cada creatura donde convenga, en orden a esa gloria, para cuya alabanza a todos nos ha creado.

Es, sencillamente, el plan de Dios sobre cada uno, que, en el transcurso de la existencia se va delineando, se va más y mejor aclarando, se va concretando y definiendo. Plan que, al principio, se vislumbra tan solo oscuramente; luego, con semioscuridad, con ciertas manchas, pero ya con más claridad. Pero, poco a poco va apareciendo el plan divino, en toda su amplitud, hasta que se ve con certeza qué es lo que quiere Él de esa alma, llamada a existir, llamada a la vida, llamada a ser, con una llamada ya concreta, definitiva: ser santa, consagrada, hija de Dios por el Bautismo, y que ya está situada dentro de ese plan providencial de Dios, en este mundo que Él escogió entre millones de mundos posibles.

Pero, ya todos cristianos –eso quiera el Señor–; todos consagrados, todos hijos de Dios por la gracia santificante en el alma, por tanto, buenos hijos, y dentro de esa unidad, del plan divino que, hablando nuestro lenguaje, podría parecer una monotonía, Él va a dar variedad. Él va a dar la hermosura y la belleza que resulta al conjugar en un todo armónico y único, cosas, creaturas varias y distintas, que se aúnan para la ejecución de esos planes providenciales. Planes que, como hemos dicho, va marcando el Señor, no repentinamente, sino poco a poco, en el transcurso de los tiempos.

Viene aquí un interrogante: ¿todos llegarán a conocer, todos llegarán a ser, todos llegarán a ocupar su puesto, a desarrollar su papel, a llenar su misión? Un interrogante. Pero sí es cierto que son muchas las almas que se encuentran en una región de luz, viendo con claridad pasmosa lo que el Señor ha querido de ellas, y en la que se sitúan para siempre.

Esta variedad dentro de la unidad imprimirá hermosura y belleza a la obra del Señor. Es figura que encantaba a santa Teresa del Niño Jesús: la variedad de flores en un jardín. Dicho con frase tipo san Pablo, habrá distinción: doctores, profetas, taumaturgos... o, en expresión también del Apóstol, poética a su modo: “habrá diferencia de esplendor entre las estrellas: *“stella a stella differt in claritate”*. Los hombres los hemos agrupado por su magnitud tanta o cuanta, sí; pero todas son distintas, y todas son estrellas, y todas están en el firmamento y todas brillan con fulgor; pero... *“una estrella se diferencia de otra estrella”*.

Y, junto a un santo de carácter impetuoso, estará el de natural suave y dulce, aunque el suave y dulce tendrá que adquirir energía para ciertos momentos, y el impetuoso dominarse y emplear la mansedumbre en ciertas ocasiones: término medio de la virtud. *“Alia claritas solis, alia claritas lunae, et alia claritas stellarum”*. Es tan diferente la estrella que marca Pedro de la que marca Juan –discípulo amante, discípulo amado–. Es tan distinta Marta de María, las dos hermanas, predilectas de Jesús, –que mora en Betania, en casa de sus amigos Lázaro y sus hermanas–.

Una estrella se diferencia de otra estrella... *“Uno así y otro de distinta manera”*. Variedad que dará esplendidez al plan de Dios. Todos consagrados; todos hijos de Dios, todos debiendo permanecer *“templos de la Divinidad”* por la gracia santificante. Todos, llamados a ser glorificados: *“Dios quiere que todos se salven”* (Cf. I Tm 2, 4). Todos.

Pero Dios irá marcando variedades tan distintas, dentro de la identidad de vocación general, que, en el Cielo, y aun en la misma tierra, constituirá una belleza y hermosura, que ya de por sí cantará en la gloria las alabanzas del Señor.

Y en el jardín de la Iglesia, surgirán las distintas vocaciones, las distintas llamadas. Surgirán las distintas estrellas en el mismo cielo de la tierra, en el firmamento del Señor, que no serán más que formas distintas de vivir una única santidad. Formas distintas de *“ser amor”*.

Yo tendré que darme cuenta de qué puesto ocupo en la Iglesia y, por tanto, cuál ha de ser la *“forma”* de mi santidad. Porque en lo sustancial coincidimos todos. Se trata de la distinta –diríamos– presentación ante el Señor, que nos escoge y coloca en diversos campos. Será, en cada uno, una forma distinta, concreta, personalizada de entender la santidad –mi santidad–, el amor –mi amor–, por tanto, formas distintas de vivir cada uno –yo– el amor, la santidad.

Las almas oblatas aparecen en el firmamento de la Iglesia. Y aparecen con características distintas, perfectas, concretas, claras, singulares, específicas.

Entonces, el alma llamada a la santidad, dentro de la familia oblata, tiene que darse cuenta de los rasgos distintivos específicos de su santidad. (...)

Vida ofrecida, gloria del Padre, por Cristo, con Cristo y en Cristo Sacerdote, movidos por el Espíritu Santo, con María Madre de la Iglesia, es en orden a hacer de toda nuestra vida, una cooperación –espiritual, concreta, definida, marcada, señalada hasta el punto de ser el “quid”– a “la santificación de los sacerdotes y aspirantes al sacerdocio, mediante la entrega total por la Iglesia”, a la cual “ellos” están de por vida entregados.

Ya vamos viendo cuál es la santidad, la característica específica, el color de esa estrella de la vocación del alma oblata, en el firmamento de la Iglesia, la luz por la que, en los cielos, ese lucero se distingue perfectamente de los demás.

Venerable padre José María García Lahiguera